

Reminiscencias

Eramos muy niños mi hermano Francisco y yo, cuando mi madre al anochecer nos llamaba para contarnos, decía ella, algo de su papá:

"Hoy tantos años que esto pasó, que apenas puedo recordar algo.

"Cuando en papá se fue a la guerra que contra él, que era el Presidente de Colombia, declaró el General Márquez, fue derrotado y cogido, desgraciadamente prisionero, con algunos de sus compañeros, que, con él, fueron condenados a muerte.

Aquello era una iniquidad, y muchos señores liberales intercedieron con Márquez para que les otorgara la sentencia; pero todo fue inútil. Se les condenó a muerte y se les puso en capilla."

Esta noticia llegó a mi madre agoviada por el dolor. Su fe era muy grande como su piedad. Varios señores la acompañaban, al pie de la Virgen, rezando sin cesar

Los tres hijos: Julio, Pedro Mel y Santiago
que eran muy niños dormían al pie
del altar de la Virgen, para conmovier-
su corazón, decía mi mamá.

Allí, acompañado por varios señores,
rezaban sin cesar, pidiendo que se re-
vocara la sentencia de muerte para
los presos que, con mi papá eran, mi
parece, cinco.

Estando allí, a media noche, se presentó
un Señor liberal, llevando un cuadro
de la Virgen de los Desamparados.

"Aquí le traigo, mi Señor, esta imagen
de la Virgen que es muy milagrosa recién
le a ella que es la única que puede sal-
varlos."

Acostaron los niños a los pies de la imagen,
y rezaron sin cesar.

Los horas pasaban lentamente,
la angustia aumentaba por momen-
tos. Se rezaba sin cesar, entre
lágrimas y suspiros.

Amaneció ya cuando, de
nuevo, se presentó el Señor que había lle-
vado la imagen de la Virgen. Se revocó
la sentencia, dijo. Todos cayeron de rodi-
llos, para agradecer a la Virgen.

La sentencia de muerte no sido revocada; pero hoy mismo salen para las bóvedas de Boacelucia, aprie hasta el Magdalena.

Mi madre cogió de rodillos para agradecer al Señor aquel inmenso favor e, inmediatamente hizo encillar un caballo, que mandó por mi papá, pero de este se aprovechó uno de los soldados, y mi padre tuvo que seguir a pie hasta el Magdalena. Allí los metieron a los presos en una canoa con unos soldados, pero, cuando se acercaban a un punto peligroso que llaman el Remolque de Honda, los conductores se pasaron con los soldados a una lancha que los llevó a la orilla del río, arrojando los pobres presos en la canoa en que iban, sin quien pudiera manejar la canoa, se vieron en inminente peligro de parecer ahogados. Invocaron el auxilio divino y, sin saber como, la canoa fue a dar a la orilla donde estaban los guardias. Fue aquello una sorpresa

pero, ya no intentaron ahogarlos, sino que los embarcaron en la lancha y siguieron su camino.

Después de largos días de inauditos sufrimientos llegaron vivos a Cartagena, para ser sepultados en las bóvedas de Bacatá, en unos calabozos tan húmedos, por estar debajo del agua que, día y noche filtraba ^{el agua} através de aquellos muros.

Mi madre, ayudada por el que más tarde fue arzobispo de Cartagena, Monseñor Lederosqui, sacerdote apostólico, consiguió que se le dejara bajar a los calabozos para visitar a mi padre. Los presos estaban enfermos, los paredes dejaban destilar el agua, el aire era escaso, la oscuridad profunda.

Por las tardes dejaban salir los presos, encadenados, a la playa. En vista de esto mi madre pensó en que podría fugarse, y estuvo tratando con el dueño de uno de los botes la fuga de los presos, pagando una suma grande de dinero, pero desgraciadamente descubrieron

o sospecharon la cosa. y, los presos fueron encerrados en la cárcel, donde los españoles encerraban a los criminales, un lugar de tormento pues según se decía no podían los presos andar derechos.

Mi madre consiguió que se le permitiera enviarles la comida a los presos y que pudiera ella visitar a mi papá. Ella no desistió de su empeño en socorrer de la cárcel a los presos, que era, mi papá, críaco con mi papá, pero allí era muy difícil. Afortunadamente Mr. señor Ledovsky le ayudó providencialmente. Como de la cosa se le mandaba la comida a los presos. él le hizo comprar a mi mamá, unos cubiertos que podían destornillar el cuchillo y así, en pedacitos de seda, se escribía lo que los presos debían saber para la evasión, y, mi papá contestaba, del mismo modo en trocitos de papel de seda, que se envolvían en un alambre, antes de tornillar el cuchillo. (Entre trocitos de papel los tiene Luis.) De este manera perdieron primerse de acuerdo y tener a los presos al

corriente de lo que ocurría.

My mamá podía ir un día de la semana a visitar a mi papá. Así pudo llevar una sierrita con la cual podía devorarlo, pues en el día tenía siempre un guardia en el calabozo.

Para llevar esa sierra era muy difícil porque, un oficial presenciaba la visita de mi mamá a mi padre. Ella le hizo saber como pudo, a mi papá, que llevaría la sierra y la dejaría debajo del asiento disimuladamente. Aquello no dejaba de ser difícil pues, para subir a mi mamá, a veces con mi papá, la subía a ella del brazo, porque aquellos carceleros eran terribles. Ella lo llevó debajo del vestido a medio atar para poderla dejar debajo del asiento sin que se notara. Por este motivo iba apenas medio atada a uno cuerdo.

Estaba ella subiendo la escalera cuando sintió que la cuerda se cayó. Al momento se dejó ella caer como si le hubieran dado un cincopé. - El oficial asustado, la dejó caída en la escalera, y fue a buscar agua para echarle

en la cara para volvéla en sí. Mientras él iba a conseguir el agua pondo ella ator de nuevo la sierra, de manera que cayera sin hacer ruido. y así lo consiguió, dejando al sol la sierra debajo del taburete. Esto era indispensable pues, todos los presos necesitaban de ella.

Con esa sierra era preciso cerrar no sólo los grillos sino también los barrotes de hierro, de una ventanilla por donde debían evadirse.

Aquello era difícil y largo; pero cada noche, como los guardias no estaban en el cuarto, sino, tres otros cerraron los grillos y, más tarde, cuando ya éstos estaban de poderse romper, empezaron a cerrar los barrotes de hierro del cuarto por donde debían escapar. Aquello fue cuestión de meses, pero al fin se llevó a cabo.

Aun dieron los sabanas para bajarse por ellos, los barrotes de la ventanilla, como los grillos, estaban a punto de partirse y así sin que los guardias, que estaban fuera, se dieran cuenta

después de la media noche, fueron bajando uno tras otro. Abajo los aguardaban Sebastián Aspínzaga hijo de nuestro Pastor Aspínzaga y otro Señor de Cortegoso que consiguió el Señor Obispo. Las calles en esos tiempos eran muy oscuras por la noche.

Para no llamar la atención se fueron por distintos calles para llegar a la orilla del mar donde los esperaba un bote de contrabandistas que estaban comprometidos a llevarlos a un buque que debía salir muy de mañana.

Por distintos calles para no llamar la atención, guiados por Sebastián Aspínzaga hijo de nuestro Pastor y otros dos Señores que tuvieron que seguir con ellos hasta las Antillas y uno a través Guatemala, los otros, encontraron el buque de contrabandistas que los esperaban.

En aquel momento angustioso resultó que faltó uno de los presos.

En vista de esto, mi papá declara que con aquel no se embarca.

No hubo más remedio que ir por aquellos calles oscuras a buscar al señor. Afortunadamente lo encontraron y así se embarcaron todos, y así se escaparon.

Entre tanto mi mamá agonizaba de angustia sin saber qué suerte habían corrido. Cuando amaneció y nada se sabía, se convenció de que se habrían evadido y pensando que la prodian prometer presa a ella. Se fue en un coche a la casa del Consul francés con una esposa en amigo.

Se presentó al Consul y le dijo: Yo me acoto a la bandera francesa. Recibíme Vd. en su casa y yo pago la pensión que Vd. pido. El consul no tuvo más remedio que aceptar. La Señora, su esposa, era muy buena y ^{la} acogió con mucho gusto.

Los niños siguieron con Ferdina Pérez, una señora que vivía con mi mamá, para cuidar de los niños y del orden de la casa, y que

se fue con mi mamá lo mismo que
Liberio una criada muy buena, y una
negra, Domitila, que cuidaba los niños.

Cuando fueron a buscar a mi
mamá, probablemente para ponerla
preso, ya no la encontraron; pero
sabiendo que estaba en el consulado
frances, no se atrevieron a sacarla
de allí; pero pusieron un centinela
al frente de la casa, día y noche.

En vista de esto, mi mamá pen-
só el modo de poderse ir a donde
estaban mi papá, mi tío Pastor y
hermanos y los otros presos, uno o dos
que se evadieron con ellos. Estos lle-
garon a los Antillas y se establecieron
en Puerto Rico, donde los Jesuitas los recibie-
ron muy bien.

Muy difícil parecía que mi mamá
pudiera escaparse también. Sin em-
bargo, su inteligencia era grande.
Así que pensó evadirse engañando
al centinela.

Le propuso a la señora del consul que
la acompañara todos los días al mar
para bañarse. Así lo hicieron, pero

el centinela los seguía y volvió con ellos al apic. Por algunas semanas la evasión era imposible.

Después de bastante tiempo, no se cuarentos semanas, el centinela empezó a quedarse y ya no los seguía. Eso esperaba mi mamá para escaparse. Así que le encargó a Teodora que preparara todo para el viaje comprendido por sí, en el primer buque que había de partir, para ella y los compañeros y también para mi mamá. Así se hizo.

La víspera de partir el buque, Teodora, ~~Teodora~~ y Domitila la cocinera, se fueron a dormir con los niños en el buque, sin que se dieran cuenta los del gobierno.

El mamá por su parte, tenía todo listo para escaparse. El que, como de costumbre, en el coche de la Señora del Consol al mar. Allí una lancha del buque se esperaba, inmediatamente pasó a ésta y llegó al buque que inmediatamente partió. Cuando el centinela dio cuenta

de lo ocurrido, ya el buque había partido
y mi mamá pudo por fin sacarse
con toda la familia. (No recuerdo a que ciudad ^{de los Antillos} llegaron ^{a Puerto Rico} el caso ^{que me pareció}
es que, allí estaban los Jesuitas que,
desterrados de Colombia se habían
establecido allí. Con ellos estuvieron
los presos y, a la llegada de mi mamá
y familia, les dieron casa arreglada
con todo lo necesario.

Allí estuvieron solamente algunos
meses, porque era muy difícil ganar
la vida. Así que, se fueron a Guatemala
la, donde los Jesuitas les dieron todo lo
necesario. Mi padre con mi tío Pastor abie-
ron un Colegio que muy pronto se acre-
ditó y así pudieron establecerse muy
bien.

La mayor parte de la familia de
mi mamá se fueron a Guatemala
pues en Colombia bajo la opresión del
gobierno liberal no se podía vivir. Allí
mi papá compró un terreno y sembró el pri-
mer Café capital. Después Américo y,
cuando tuvo que salir, por el gobierno liberal,
trajo de allá las primeras máquinas de café
que sembró en combrá, me parece.